

Nueva Orleans: un tercer mundo dentro del primer mundo

1. Cambio de guardia

Quince días antes de la catástrofe del ciclón Katrina, G. W. Bush, hablando para la televisión pública israelí, anunció que no excluía el recurso a la fuerza contra Irán. “Todas las opciones están sobre la mesa. El recurso a la fuerza es la última opción para un presidente. Ustedes saben cómo hemos hecho uso de la fuerza recientemente para proteger la seguridad de nuestro país”. Bush dijo que “no quería recurrir a la fuerza, sino en última instancia, para dar seguridad al país y ofrecer a las personas la oportunidad de vivir en una sociedad libre” (“El presidente Bush no excluye el recurso a la fuerza contra Irán”, *Le Monde*, 12 de agosto de 2005).

Al escuchar estas palabras nos vienen a la memoria algunas afirmaciones del discurso de Bush, al inicio de su segundo mandato. “La supervivencia de la libertad de Estados Unidos depende del éxito de la libertad en el mundo entero. La mayor esperanza de paz en nuestra nación es el desarrollo de la libertad en el mundo entero. La política de Estados Unidos es apoyar y sostener los movimientos y las instituciones democráticas, en todos los países y en todas las sociedades para poner fin a la tiranía, en el mundo. Esto no se logra propiamente con las armas, pero nos defenderemos a nosotros y a nuestros amigos con la fuerza de las armas, si es necesario. Aquellos que viven en la tiranía y en la desesperanza deben saber que Estados Unidos no ignora su opresión, ni protege a sus opresores. Cuando defiendan su libertad, estaremos con ellos. Mi principal deber es proteger a esta nación y a su pueblo contra nuevos ataques y posibles amenazas... El po-

der de Norteamérica no es ilimitado, pero, para dicha de los oprimidos, es considerable y lo utilizaremos confiadamente para defender la libertad. No hay justicia sin libertad; no hay derechos humanos sin libertad” (“Bush: ‘La supervivencia de la libertad en EEUU depende del éxito de la libertad en otros países’”, *El País*, 20 de enero 2005).

Para entender el cambio de guardia traemos a cuenta algunos comentarios. El antiguo consejero de Jimmy Carter, Z. Brzezinski, adoptó una posición crítica: “Si hubiera que tomar el discurso al pie de la letra, significaría una cruzada norteamericana, a través del mundo entero”. Otros también toman el discurso en serio: “El presidente ha dicho que la libertad de Norteamérica no está segura, mientras no le esté en el resto del mundo. Esta es una afirmación demasiado audaz. Sus implicaciones son considerables”. Pat Buchanan, antiguo consejero de Reagan, concluye: “Bush ha afirmado el derecho a intervenir en los asuntos internos de cualquier país. Esto es la consigna para una guerra sin fin y la guerra es la muerte de las repúblicas” (*ECA*, 2005, pp. 228-230).

Quienes conocen más de cerca a Bush dicen que tiene dos cualidades: no aprende nada y no olvida nada. Estas son cualidades no recomendables para dirigir los destinos del país militarmente más poderoso del mundo. Sin pretenderlo, el actual presidente de Estados Unidos repite la errada política de la *troika*, que integraba la *nomenklatura* gobernante de la Unión Soviética. La *troika* concentró los mayores recursos del presupuesto y a sus mejores científicos en la investigación espacial y

en la carrera armamentística, mientras que la producción civil quedaba supeditada al “principio del residuo” (M. Gorbachov). Como dirá Luis de Sebastián: “Fue, por otra parte, un socialismo militar, más que civil, en el cual las prioridades para el uso de los recursos productivos estuvieron determinadas por las razones de poderío militar —y de la carrera armamentística, que fue lo que, en definitiva, perdió a la URSS— más que por consideraciones de bienestar y de progreso histórico de la población en general” (*Un mundo por hacer*, p. 197). Aunque Bush vista normalmente de civil, ha sido más bien el jefe de las fuerzas armadas que el presidente del norte y del sur de Estados Unidos. Bush se ha convertido en el representante típico, y por ello temible, del “capitalismo militar”, con lo cual repite la historia de la Unión Soviética: fracasa como representante del capitalismo militar fuera de Estados Unidos y, por ello, no ha podido construir un buen modelo de capitalismo económico en su propio país.

La terrible catástrofe en el sur de Estados Unidos, el elevado número de víctimas, el descuido manifiesto de los poderes públicos, la negligencia, debida a veces a la falta de medios, reveladas por Katrina, pueden llevar a la opinión estadounidense y a su gobierno a reevaluar las prioridades, es decir, a volver a una política más centrada en los problemas internos y en las necesidades inmediatas de los ciudadanos estadounidenses, incluida su seguridad. De esta forma, ya comienza a plantearse el debate de una manera muy pragmática. Los recursos, en hombres y en materiales, desparramados en Irak y, accesoriamente, en Afganistán, los dólares gastados en combatir a un enemigo inaccesible, ¿no hubieran estado mejor empleados en prevenir la catástrofe y en llevar ayuda a sus víctimas? ¿De qué sirve garantizar la seguridad de los estadounidenses librando una lucha en Irak, e incluso intentando implantar ahí la democracia, si al mismo tiempo no es posible protegerse contra fenómenos naturales, cuyas consecuencias por lo menos debían ser humanamente controladas?

La mayoría de la población estadounidense no cree ya a su presidente, cuando este alaba los éxitos de la guerra contra el terrorismo o de los avances en la estabilización de Irak. Las imágenes que cada día ven en la pantalla de su televisor desmienten este ficticio optimismo y la mueven a creer más bien en una degradación de la situación. Las declaraciones contradictorias que escucha sobre la

duración de la presencia de las tropas estadounidense en Irak, tampoco la tranquilizan. A veces, los dirigentes de Washington dicen que se prepara el relevo por parte de las fuerzas iraquíes y que no permanecerán un día más; pero, otras veces, afirman que hablar de un regreso sería animar a los terroristas a redoblar su actividad. Cada vez convienen menos las rutinarias frases del jefe de las fuerzas armadas: “Mientras yo sea el presidente, permaneceremos, combatiremos y ganaremos la guerra contra el terror”.

Aunque no se puede establecer un paralelo entre Osama Bin Laden y Katrina, ya que se trata de dos fenómenos muy distintos, “sin embargo, el primero ha sacado a la luz la vulnerabilidad exterior de Estados Unidos; mientras que el segundo, su fragilidad interior. Después de haber dedicado algunos años a combatir la amenaza que viene de fuera, los estadounidenses pudieran ser conducidos, con otros directores, a enfrentar las debilidades internas, reveladas por las fuerzas de la naturaleza, para no dar la imagen de una nación todopoderosa, que esconde en su seno bolsas de tercer mundo... Sería el regreso a un principio ‘jeffersoniano’: Estados Unidos sirve mejor la causa de la democracia universal ofreciendo un ejemplo que exportando un modelo” (Daniel Vernet, “Katrina sacude la diplomacia norteamericana”, *Le Monde*, 8 de septiembre de 2005).

2. Releyendo la prensa

La prensa estadounidense y europea es cada vez más virulenta ante el gobierno de Bush. Kathleen Blanco, gobernadora de Louisiana, lamentó, el 2 de septiembre, el retraso en recibir refuerzos. La prensa local, al igual que la población, se pregunta cada vez más por qué tal lentitud en la ayuda. ¿Cómo es posible que el gobierno haya estado tan poco preparado para una crisis anunciada hace mucho tiempo?, se preguntaba el *Washington Post*. “Los expertos han advertido, tiempo ha, sobre la topografía típica de la ciudad y su vulnerabilidad. La respuesta tardía de las autoridades ha amargado y encolerizado a decenas de miles de personas que aguardan una ayuda, la mayoría de ellos pobres y negros, con frecuencia viejos y enfermos”, agrega dicho periódico.

USA Today señala que los negros y los pobres son los más afectados por la crisis humanitaria del sur de Estados Unidos, sobre todo en Louisiana. “Las personas que no podían o no querían abandonar Nueva Orleans son, en su mayoría, pobres y

negros. La mayoría de los pobres no tienen automóvil, lo cual les ha impedido abandonar la ciudad. Careciendo de dinero, muchos se han encontrado sin un lugar a donde ir. Sin educación, no han percibido la importancia de la amenaza y, dada su mala salud, están muy débiles para sobrevivir". El *Wall Street Journal*, favorable a Bush, juzga que las autoridades son responsables, en parte, del caos. "Los estadounidenses a veces esperan mucho de su gobierno —como que les garantice gasolina a un precio bajo—, pero tienen el pleno derecho a que se les proporcione al menos seguridad, más aún, en caso de crisis". El *New York Times* seña-



ñala la movilización de la guardia nacional hacia Irak. De hecho, una tercera parte de la guardia nacional de Louisiana combate en Irak y no ha podido participar en las operaciones de rescate.

"Estados Unidos contempla, desconcertada, un tercer mundo dentro de sus propias fronteras, golpeado y violento", escribe el diario alemán *Die Welt*. "Ladrones armados humillan a policías sin recursos. En el Superdome de Nueva Orleans... yacen 20,000 personas como en un campo de concentración de guerra". Esta catástrofe "se transforma para el presidente, pocos meses después de iniciado su segundo mandato, en una repetición del 11 de septiembre de 2001, pero esta vez, en política interior", afirma el *Süddeutsche Zeitung*. El diario austriaco *Der Standard* señala que "Katrina ha hecho visible de golpe la enorme diferencia entre el aparato tecnológico superior de la súper potencia y las condiciones dignas del tercer mundo del patio trasero dentro de Estados Unidos. El clima ideológico del gobierno de Bush considera a esta población negra y pobre con una mezcla de desaire y desinterés".

El *Kronen-Zeitung* comenta la "irracionalidad estadounidense": "ecólogos y científicos unánimemente nos vienen previniendo desde hace décadas. No hemos escuchado y una vez más Estados Unidos va a la cabeza de quienes se tapan las orejas". *Die Presse* denuncia "la caza de brujas" del gobierno de Bush "contra los investigadores que explican estas catástrofes por el recalentamiento climático de efecto invernadero". Cabe recordar, entre paréntesis, que el delegado estadounidense en Naciones Unidas, John Bolton, borró una serie de puntos de la agenda de la próxima cumbre, entre ellos

la referencia al protocolo de Kyoto y la tesis de que "el cambio climático es un problema serio". Esperamos que la catástrofe previsible de Nueva Orleans ilumine la mente de esta intemperante réplica de Bush. La prensa francófona belga, *Le Soir*, denuncia la incapacidad del "país más rico del planeta que deja a los desvalidos, pobres, enfermos, ancianos librados a su propia suerte, frente a un cataclismo previsible... y previsto", y *La Libre Belgique* se pregunta "qué es lo que el gobierno estadounidense ha aprendido después del 11 de septiembre para responder mejor a situaciones de emergencia".

Para el *Daily Mail* británico, la impotencia de Estados Unidos en Nueva Orleans es idéntica a la que ha manifestado en Irak. "He aquí una súper potencia que puede dar vuelta a su gusto a una dictadura, pero que se enreda de tal forma en la guerra que no puede responder de manera adecuada a las dificultades de decenas de miles de sus ciudadanos, golpeados por una catástrofe natural". *El País* afirma que "El gobierno de Bush parece estar sumergido en su propia incompetencia. Esta tragedia es también una lectura social". *El Mundo* de Madrid dice que "esto pone en evidencia los puntos débiles de un país que, ocupado... en sus aventuras imperiales, ha descuidado problemas más importantes como el bienestar de sus habitantes". Ambos diarios comentan cómo se pidió ayuda a los militares estadounidenses, pero la mayoría se encuentra desplazada en Irak, "tratando de ayudar a una población que no los quiere, y muy lejos del lugar donde los necesitan los contribuyentes".

En Italia, *La Stampa* repite también que "el huracán sacude a Bush, acusado de haber enviado a

Irak a los soldados que hubieran podido evitar el desastre”, y *Il Messaggero* señala que “el dinero para la protección civil ha sido desviado hacia Irak”. *La República* compara la suerte de Nueva Orleans con la de Pompeya, ciudad desaparecida bajo la erupción del Vesuvio, en pleno declive del imperio romano. Lo menos que se puede decir es que la prensa europea le tiene ganas al gobierno de Bush y que el gobierno de Bush ha dado motivos sobrados para ello (“La prensa norteamericana y europea cada vez más virulenta frente a la administración Bush”, *Le Monde*, 3 de septiembre de 2005).

Le Monde tituló “el gobierno de Bush habría ignorado las predicciones de expertos”. La tesis es clara: no se tomaron en cuenta las advertencias de los expertos y los fondos necesarios fueron destinados a la guerra en Irak. La Agencia Gubernamental de Previsión y Gestión de Catástrofes (*FEMA*) previno hace cuatro años que un huracán o una inundación en Nueva Orleans sería una de las tres mayores catástrofes que amenazaban a Estados Unidos, junto con un ataque terrorista a Nueva York. Pero, en vez de aumentar el presupuesto para consolidar una ciudad de 1.4 millones de personas, construida por debajo del nivel del mar, las autoridades redujeron los créditos que hubieran permitido aislar a la ciudad. “Este desastre sólo esperaba el momento”, dice el director de *Scientific American*. “Desde hace años se han dado repetidos avisos sobre la vulnerabilidad de la ciudad, si no se iniciaban los trabajos necesarios para la reconstrucción”, declaró M. Renie. El presupuesto federal, destinado a financiar las operaciones de ingeniería civil, disminuyó cuando se lanzó la guerra contra Irak. “Las autoridades no han incluido esta clase de desastres entre sus prioridades, han rechazado estos gastos para enviar el dinero a otro destino, sobre todo en el curso de los dos últimos años, cuando el país libra una guerra y debe ocuparse de la seguridad interior”, añadió M. Renie. En este año 2005, el gobierno de Bush redujo de forma drástica el 80 por ciento del presupuesto previsto de 27.1 millones de dólares, el cual el Congreso elevó a 5.7 millones. “Hemos ignorado el problema hasta el día de la catástrofe”, editorializó de *Scientific American Magazine* (*Le Monde*, 3 de septiembre de 2005).

3. Historia de dos golfos

M. A. Bastenier, con una gran finura de estilo y pensamiento, reflexionó en *El País* de la siguiente forma, “Los golfos ya son dos: el de México y el

Arábigo-Pérsico, y en ambos está sufriendo Estados Unidos un gran menoscabo. En el primero, un huracán ha rendido, indirecta pero cruentamente, homenaje a J. M. Keynes, al Estado-providencia, al Estado-nación, actualmente tan vituperado, en general, como necesario, en particular. En el segundo, la guerra de Irak exhibe, desde la ocupación del país en 2003, la misma imprevisión, la misma confianza infundada de que las cosas deberían arreglarse por sí solas, de que la carta otorgada de la democracia habría de hacer innecesaria una dominación larga y sangrienta”. Estas reflexiones pueden servir como un marco teórico y una conclusión sobre el modelo económico que aspira a dominar el mundo.

En ambos casos hay miles de muertos; sólo propios en el golfo de México, y propios también, pero, sobre todo, ajenos, en el golfo de los musulmanes. Ambos constituyen, igualmente, un tipo de desgracia autoinfligida. De manera absoluta, en Oriente Medio, donde nadie llamaba a Washington a arreglar el mapa, y sólo parcial, por no prepararse para lo que se sabía iba a ocurrir, en la lucha contra el huracán Katrina. En este caso, la administración local se derritió ante la magnitud de la tragedia, con la dimisión de una gran parte de policías y servidores públicos; con operaciones de rescate, en grandes estadios, donde no se habían previsto ni condiciones sanitarias, ni previsión de agua, ni casi atención de ninguna clase; y para remate, con una administración federal que no se ponía al teléfono, y un presidente que no tenía ninguna prisa en dar por terminadas sus vacaciones...

La invasión de Irak, incluso animada de las más sinceras intenciones democratizadoras, es una operación que ha hecho al mundo más peligroso, mejor surtido de talibanes del terror, que ahora tienen más campo para actuar que nunca anteriormente, con el nuevo frente que Washington les ha facilitado en Bagdad. La prevista transformación del país árabe en régimen amigo y aliado se suponía, muy al contrario, que iba a ser una fuerza de cambio irresistible en la zona y, además, a muy buen precio. Las nuevas armas inteligentes, las nuevas tácticas —*swarming*— de acecho y destrucción del enemigo, probadas con éxito aparente en Afganistán, habrían de hacer superfluos los grandes cuerpos expedicionarios; los ejércitos que asegurarán así la hegemonía mundial, serían de dimensiones modestas, a condición de que se comportasen con la autonomía,

la agilidad y la precisión del enjambre de abejas que pica y se retira, sin tener que acampar sobre el terreno. Y en lugar de ello, lo que le falta a Washington son efectivos para un abejo-reo que ni siquiera es suficiente.

La debacle de Katrina viene a remachar lo que la realidad prueba cotidianamente, con un creciente estruendo de protesta indígena, en América Latina; a saber, que el neoliberalismo sirve para muchas cosas, pero no para defender al ciudadano de sí mismo; que el Estado es todavía insustituible para impedir que Hobbes tenga razón. Neoliberalismo, licuefacción del Estado, confianza ciega en el mercado, y que el resto corra a cargo de las ONG, igual a la ley de la selva. El Estado es todavía lo que nos separa de una barbarie que nunca ha estado lejos de la superficie. Y la ironía final es la de que, hoy, una fuerza de esos marines que no son capaces de estabilizar la situación en el golfo de los musulmanes ha sido reclamada con urgencia para que, por fin, haga notar la presencia del Estado en el golfo de Luisiana y Nueva Orleans” (*El País*, 7 de septiembre de 2005).

En Nueva Orleans seguirán bombeando agua y retirando miles de cadáveres, mientras en Nueva York se inicia la Asamblea General de Naciones Unidas con una agenda demasiado amplia para los tres días programados. No estaría de más que el delegado de Estados Unidos, John Bolton, renunciase a tomar por asalto la reunión con sus más de 700 enmiendas estadounidenses al borrador de la declaración final de la cumbre. Estados Unidos dejó mal sabor de boca en la cumbre del milenio, en septiembre de 2000, al desdeñar la firma del protocolo de Kyoto y al negarse radicalmente a ratificar los estatutos de la Corte Penal Internacional. Desde el año 2001, Bush ha presionado todas las

cumbres de Naciones Unidas para que ratifiquen que el problema principal del mundo es “el terrorismo del 11 de septiembre”, una petición que John Bolton pretende imponer en la cumbre de este año. La Asamblea General de 2003 fue tiempo perdido para los puntos de la agenda y para la reforma de Naciones Unidas, pedida por Kofi Annan. En vez de ello, la discusión se centró en la legitimación de la invasión de Irak.

En la cumbre recién pasada, John Bolton pretendía imponer tres puntos: reforzar la lucha antiterrorista, controlar las armas de destrucción masiva y promover la democracia. En el borrador clasificado no se habla de los objetivos del milenio, en cuanto a reducir la pobreza y elevar la ayuda al desarrollo al 0.7 por ciento del PIB. En cambio, hay referencias a la Corte Penal Internacional, al protocolo de Kyoto y al problema del cambio climático. No estaría mal que los otros 190 representantes de los países miembros ayudaran al delegado estadounidense a reflexionar, desde su propia experiencia de Nueva Orleans. Ojalá que el gobierno de Bush haya entendido de una vez que las calamidades naturales, previstas o no previstas, son otra especie de negligencia gubernamental terrorista, la cual ha obligado a la nación más poderosa a pedir toda clase de ayuda internacional. Esperamos que Bush aterrice en la realidad nacional y que Bolton deje en su casa las 700 enmiendas al texto, presentado por los diez sabios y por el resto de organizadores de la cumbre de Naciones Unidas. ¡Dios salve a Naciones Unidas del huracán Bolton!

FRANCISCO JAVIER IBISATE
Catedrático del Departamento
de Economía de la UCA
San Salvador, 15 de septiembre de 2005.